

la Confesión, que la produce por sí misma; • luego, en que la Penitencia sólo aplica el valor de la sangre de Jesucristo a los que son dignos de ella, mientras que la Misa la aplica tanto al justo como al pecador: al justo para acrecentarle su grado de gracia, y al pecador para prepararlo a la remisión de los pecados mediante el sacramento de la Penitencia; • finalmente, en que la Penitencia sólo produce sus efectos respecto de los vivos, mientras que la Misa extiende sus frutos de salvación a los vivos y a los difuntos.

En cuanto a las **penas temporales debidas al pecado** que ha sido perdonado por la Confesión, la Misa las perdona de modo inmediato a los que viven en estado de gracia, aunque sólo *según la medida de sus disposiciones* más o menos perfectas; y lo mismo a los justos del Purgatorio, cuyas penas expía inmediatamente, aunque sólo *según la medida de los designios y de la voluntad de Dios*, razón por la cual suele ofrecerse frecuentemente la Misa por los difuntos, a quienes sin esto bastaría una sola oblación.

Finalmente, la Misa ofrece un **fruto secundario** que viene de las disposiciones fervorosas con que se asiste a ella: la santa oblación –dice Santo Tomás– es útil a cada uno *según la cantidad de su devoción*; la cual puede entenderse tanto de la santidad del que ofrece como del que asiste a ella.

La Misa se ofrece **por los vivos, tanto justos como pecadores**, y en general por todos los que profesan la fe católica –la Iglesia romana no ruega *expresamente* por los cismáticos, herejes y paganos más que el Viernes Santo–. También se ofrece **por los difuntos** que descansan en Jesucristo, esto es, por todos los fieles del purgatorio, produciendo grandes efectos en ellos, puesto que ya no oponen ningún obstáculo a la gracia.

La Misa **sólo se ofrece a Dios**, a quien se debe de modo exclusivo la adoración, el culto supremo y el tributo de nuestra total dependencia; pero muchas veces se ofrece **en honor de los santos**, ya que la Misa es el sacrificio de toda la Iglesia, y Jesucristo lo ofrece como Cabeza de toda ella. La Iglesia militante se une, pues, a Jesucristo en el momento de ofrecerlo, y por la misma razón se le une a la Iglesia triunfante, inseparablemente unida a su Cabeza; y estas dos grandes porciones de la sociedad de los hijos de Dios se reúnen para implorar, por los méritos de Jesucristo, la divina misericordia en favor de la Iglesia que sufre en el Purgatorio. Además, esta memoria de los santos en el altar se hace para alegrarse de sus victorias, para dar gracias a Dios por sus triunfos, para excitarnos a la imitación de sus sacrificios consumados, y para fortificarnos –como dice el canon de la Misa– con sus méritos y oraciones ante Dios y Jesucristo, único Mediador todopoderoso.

«Vayamos, pues, con confianza al trono de la gracia» (Heb. 4 16) para obtener misericordia y hallar en él los socorros necesarios a nuestras necesidades. Comprendermos cuán preciosa es la práctica de los fieles que hacen celebrar o que oyen la Misa siempre que tienen que pedir al Señor alguna bendición; y cuánto más lo es la santa costumbre de asistir a ella diariamente, para fortalecernos sin cesar con su santa protección.

Valor infinito y frutos del sacrificio de la Misa

Extractado del libro **LA SANTA MISA**,
de autor anónimo (siglo XIX),
INSTRUCCIONES PRELIMINARES, capítulo 8
(los títulos son nuestros)

Aunque suele decirse y repetirse diariamente que la Misa es el mismo sacrificio de la cruz, y que debe asistirse a ella como a la escena del Calvario, sucede frecuentemente que, por no haber penetrado esta verdad como debiera en la inteligencia, no se fijan las consecuencias en el corazón. Conviene ahora, pues, inculcar el profundo respeto, la viva confianza, la plenitud de fe y de amor con que debemos asistir al Sacrificio del altar.

1º Valor infinito de la Santa Misa.

La Misa no es solamente la conmemoración y la representación de la escena del Calvario, sino que es absolutamente el mismo sacrificio que el de la cruz, porque en ambos son uno mismo el Sacrificador, la Víctima y la Inmolación. Su valor es, pues, infinito, porque en ella se ofrece el cuerpo y sangre de un Dios; y entre la Misa y la inmolación del Calvario no hay más diferencia que el modo de ofrecerse: en el Calvario la inmolación era visible y sangrienta; en la Misa la inmolación es incruenta y sacramental.

El Sacrificador es Jesucristo, que habla y obra como agente principal: el sacerdote no es más que un órgano suyo. A este Pontífice supremo se une la Iglesia universal, que ofrece la divina Víctima, y se ofrece en unión con Ella, por manos de su representante, que es el sacerdote. La Misa es ofrecida, pues, por Jesucristo, por toda la Iglesia, por el sacerdote que celebra, y por todos los cristianos: • unos la ofrecen de manera actual, cuando asisten y participan en ella; • otros de modo más especial, haciendo ofrecer esta Víctima por sí mismos y en su nombre; • todos, en fin, la ofrecen de manera habitual, ya que, unidos a Jesucristo por la caridad, y a la Iglesia por la fe, no constituyen más que un solo cuerpo, son todos miembros recíprocamente unos de otros, y participan de las ventajas generales del cuerpo entero.

Todo el aparato exterior del Calvario que falta en el altar no afecta en nada la acción del Sacrificador. Lo esencial del sacrificio de la cruz consistía en la oblación que Jesucristo hizo de su cuerpo, el cual sigue ofreciéndose en el altar. Así pues, tanto en el altar como en el Calvario es una misma la Víctima del sacrificio, el cuerpo y sangre de Jesucristo; la inmolación real es la misma; tiene lugar en cada Misa y en todas las Misas, sin multiplicar el sacrificio.

Expliquémonos. Siempre que hay oblación de una víctima inmolada hay sacrificio; aunque la oblación sea de la misma víctima, sin que obste para esto que la inmolación deba seguirse luego, como en la oblación del Cenáculo; que sea actual y presente, como en la oblación del Calvario; o que se haya efectuado y cumplido, como en la oblación de la Misa. Jesucristo ofrece en la Cena su muerte futura, en el Calvario su muerte presente, en el altar y en el cielo su muerte pasada, por un solo y mismo acto de voluntad de ofrecerse: la oblación que hace de ella se multiplica mediante distintos actos, pero la inmolación sigue siendo una sola, y el sacrificio es único.

El testimonio de San Pablo confirmará estas verdades. Declara el Apóstol que Jesucristo expresó desde su entrada en el mundo su voluntad de ofrecerse a Dios en holocausto (Heb. 10 5); que por esta sola expresión abrogó los sacrificios antiguos para sustituirlos con el suyo (Heb. 10 9); que por esta sola voluntad que concibió desde la encarnación, y que no realizó cumplidamente hasta la muerte en la cruz, hemos sido santificados mediante la oblación *única* del cuerpo de Jesucristo (Heb. 10 10); que Jesucristo no se contentó con derramar su sangre en la cruz para la remisión de los pecados, sino que recogió esta sangre y la llevó al Santo de los Santos, no al del templo judaico, que sólo era una figura, sino al mismo cielo (Heb. 9 11-12), para presentarse ante Dios en nuestro favor como mediador y como pontífice (Heb. 7 25). Hay más: Jesucristo es mediador de la nueva alianza (Heb. 9 15), más excelente que la antigua bajo todos aspectos (Heb. 7 22), y especialmente por su duración: inmortal en la naturaleza humana con que se revistió, y haciéndose Sacerdote por toda la eternidad, su Sacerdocio es sin fin: aunque en la tierra, para continuar su obra, tenga vicarios y ministros que se suceden, El sigue intercediendo por nosotros en el cielo (Heb. 7 25), ofreciendo a su Padre las heridas que sufrió por nuestras iniquidades; y por esta continua ofrenda nos gana la entrada perpetua en la alianza de su paz (Heb. 10 19). Tenemos aquí múltiples oblationes cuya voluntad eficaz se manifiesta desde la Encarnación, se establece en los símbolos eucarísticos del Cenáculo, se ejecuta en la cruz, se perpetúa en el cielo y, no obstante, solo hay una inmolación de Jesucristo, porque este Dios salvador –dice el Apóstol–, sólo murió una vez para expiar los pecados de todos los hombres (Heb. 9 27-28), y ya no muere más: la muerte ya no volverá a tener imperio sobre El después de la victoria que de ella obtuvo (Rom. 6 9).

Jesucristo ha ofrecido, pues, *por una sola voluntad*, desde la Encarnación hasta el Calvario, el sacrificio único de la cruz, y *por la misma voluntad* ofrece este sacrificio desde la cruz hasta el cielo, donde renueva sin cesar, por oblationes mil veces repetidas, su inmolación ya consumada y cumplida. Este es el resumen de la admirable doctrina de San Pablo.

El valor de la Misa es, pues, infinito respecto de Dios víctima, y de la suficiencia del tesoro de sus méritos que, ofrecidos por un Dios sacerdote, serán siempre

aceptos del Señor como dignos de su majestad y de su justicia; pero es finito respecto del ejercicio del sacerdote secundario, que no es más que un hombre revestido de los poderes divinos; y también es finito respecto de la aplicación que el Señor nos hace de los méritos de su Hijo, en proporción de nuestra fe, de nuestra penitencia y de nuestro fervor.

2º Disposiciones para asistir a la Santa Misa.

Si hubiéramos asistido al sacrificio del Calvario, nos hubiéramos unido estrechamente a Jesucristo, hubiéramos recogido con ansia cada gota de su sangre, cada suspiro de su corazón, cada palabra de su boca; hubiéramos dicho mil veces con fervor: «*Acuérdate de mí, Señor*» (Lc. 23 42), e hiriéndonos el pecho de dolor, hubiéramos lanzado el grito de fe y de agradecimiento: «*En verdad este hombre era el Hijo de Dios*» (Mt. 27 54); hubiéramos querido ayudar a preparar los perfumes, a disponer la sepultura de Dios víctima, y sobre todo a desear que nuestro corazón le sirviese de tumba.

Si luego, transportados en espíritu como San Juan, asistiéramos al altar sublime del cielo donde Jesucristo oficia por Sí mismo y sin ministro, y viéramos en el trono de Dios a este Cordero de pie y como degollado (Apoc. 5 6), abriendo el libro de la liturgia eterna para leer el nombre de los que se aprovechan de su sangre en sus páginas de vida, según las cuales se concluirá al fin de los tiempos la Misa definitiva y la despedida irrevocable; si oyésemos resonar en el cielo estas palabras terribles: «*Las cosas santas son para los santos; la felicidad, la dicha y la bendición, para los hijos de Dios; la Misa eterna para la inocencia y el arrepentimiento*»; nos prosternaríamos ante el Cordero con la adoración de un corazón contrito y humillado, y llenaríamos los incensarios de oro con la más pura oración.

Pues bien, estos son justamente los sentimientos con que debemos asistir a la Santa Misa.

3º Frutos del sacrificio de la Misa.

Respecto de los frutos del Sacrificio del altar, nos enseña la Iglesia que la Misa opera por sí misma y por su propia virtud *el perdón de los pecados*; pero lo opera de manera mediata, esto es, que por el acto mismo del sacrificio, y sin ningún medio ulterior, alcanza al pecador la gracia de convertirse y de recibir en el sacramento de la Penitencia la remisión de sus faltas.

Para dar un ejemplo, una persona que, sin asistir al sacrificio, pida a Dios la gracia de cambiar de vida y de confesarse, la obtendrá sólo en virtud de su fervor y de sus súplicas, y siempre tendrá la duda de si la ha obtenido; pero si oye Misa con este fin, ciertamente obtendrá este favor, con tal de que no oponga obstáculos, independientemente de las disposiciones del que celebra; y dígase lo mismo respecto de las demás gracias de salvación.

En esto, pues, se distingue la Misa del sacramento de la Penitencia: • ante todo, en que la Misa sólo da la gracia mediatamente, preparando el alma para recibirla a través de